

MÚSICA Fernando Pérez Ollo

# Soberana lección de canto coral con Händel

"El Mesías", HWV 56, de G.F. Händel.  
**Intérpretes:** Maria Keohane, soprano. William Purefoy, contratenor. Nicholas Mulroy, tenor. Jonathan Sells, bajo. Coro del New College de Oxford y Orquesta Barroca de la Unión Europea. Tuomo Suni, concertino. Sebastian Philpott y Nicholas Wright, trompetas. Federica Bianchi, órgano. Matias Häkkinen, clave.  
**Director:** Edward Higginbottom.  
**Incidencias:** Auditorio de Navarra. Sábado, 19. Ciclo del Baluarte. Lleno. Los oyentes pudieron seguir en la pantalla sobre el escenario la traducción castellana del texto inglés. Al término de la primera parte, fuerte ovación que acompañó a solistas, coro y orquesta cuando se retiraban. Ovación inmediata e intensa tras el 'Amen' final, 'bravos' y repetidas salidas de solistas y director, que hizo saludar al tiple solista que salió del coro para hacer la segunda parte del recitativo "And the angel said unto them".



Solistas, coro del New College de Oxford y Orquesta Barroca de la UE, el sábado en el Baluarte. JESUS GARZARIN

**G**EORG Friedrich Händel, llevado de su italo-filia, despreció con frecuencia a su público de las Islas, pero los británicos, evolucionados sus gustos gracias en buena parte a Händel, le aseguraron un éxito póstumo más clamoroso que el que le rodeó en vida. Charles Burney nos dejó una minuciosa memoria del ciclo de conciertos apoteósicos, auspiciado por la Corona, que en 1784 celebró en Westminster el erróneo centenario de Händel -nacido en 1685, como Bach y Domenico Scarlatti-. Aquella conmemoración alentó un entusiasmo de nefastos efectos secundarios: los gigantes conjuntos orquestales y corales, nutridos por intérpretes llegados voluntariamente de todo el Reino Unido para participar en el evento. Hasta tiempos recientes, para interpretar a Händel se consideraban imprescindibles plantillas hipertrofiadas, bien distintas a las que habitualmente trabajó el compositor. También es cierto que incluso en Inglaterra se impusieron los arreglos que del gran orquestador barroco hizo Mozart -asistente en Londres, cinco años después de morir Händel, a un con-

cierto en que oyó los coros de *Acis and Galatea* y *Alexander's Feast* y el *Zadok the Priest*-, arreglos que atestiguan la nueva sensibilidad, pero sobre todo el análisis directo y agudo que el salzburgués hizo de las partituras originales. Lo que importa es que con medios desmesurados y retoques de gran calidad, pero arreglos a fin de cuentas, Händel siguió presente en la música, suerte que no acompañó a otros grandes, 'descubiertos' y recuperados decenios o siglos más tarde. Así, la impronta de Händel es evidente en Haydn, Mozart y Beethoven. En el corto patrimonio inventariado a la muerte del último destacan, con unas botellas de su rin natal, los tomos de Georg Friedrich.

Esa tradición verdadera y sólida explica un *Mesías* como el del sábado, impresionante desde la salida de los diecisiete niños coralistas al escenario, disciplinados, autónomos y serios como pequeños monjes, y magnífico en la versión. Una versión eminentemente basada en el coro. La or-

questa (5,4,3,2 y 1 en la cuerda), muy joven, cumplió perfectamente y demostró la valía de los solistas -no sólo trompetas- y del conjunto a lo largo de la obra y de modo sobresaliente en el único número instrumental, la Pifa, apenas treinta y dos compases -sumado el *Da capo*- en *largo* y *mezzo piano* muy bien aplicado.

Los cuatro solistas vocales, todos de currículo cuajado en el género, solventaron sus intervenciones con dignidad y en ocasiones, sobre todo el contratenor y la soprano, con emoción. Pero Purefoy -un contratenor no es una voz, sino un artificio vocal-, monótono y de corto volumen, quedó algo pálido en su intensa aria *He was despised*. Algo parecido sucedió con las dos voces masculinas, holgado el bajo, salvo en las vocalizaciones -sobre *chang'd* en los compases 104-107 del *The trumpet shall sound*, por ejemplo-. Las voces solistas lucieron sin nada de extraordinario y la más atractiva por frescura y limpieza de timbre y ductilidad

fue la soprano sueca, que sirvió con buena línea de canto "*He shall feed his flock*" e "*If God is for us*". Pero todos, los cuatro, cantaron de principio a fin.

Tampoco el coro demostró unas voces sobresalientes, limpias y educadas, sí, pero no arcaicas. Más aún, el coro se desequilibra a favor de los tiples frente a tenores (4), contratenores (4) y bajos (7). Pero dio una soberana lección coral. No ya porque unos pispajos, partitura en mano, hagan Händel con seriedad y dominio técnico -apenas extraño el si bemol agudo de *Last* en el *His yoke is easy*, descaradamente abierto-, sino por la naturalidad y fluida conjunción en la textura coral y la decisión en entradas y contrapuntos peligrosos. El inusual regulador aplicado en los cuatro últimos compases de ese *His yoke...* basta para contrastar sin duda los quilates del coro.

Y, en fin, ¿cuántos de esos niños pueden hacer el solo que ofreció uno de ellos con soltura emocionada?